# Poemas

## Velázquez

Un terror disfrazado de sosiego
(la opulenta ruina que lastima los oros
y fulge en la negrura del ropaje)
nos habla del enigma y la desgracia del poder.
Unos vagos felipes se repiten
en el mismo Felipe que desliza
su apuesto luto en diferentes planos.
Una austera elegancia no permite
que diga el ceño lo que al alma oprime
en esos ojos de voluble duda
que disputa el desdén a la locura.
Llega el soplo de fúnebres ocasos.
Y entre nubes cansadas, por el viento,
yerra la cruz de España deshaciendo
el viejo sueño que alumbró la tierra.

Pintaste la lujuria del ocio
ardiendo en las cortinas y el encaje.
Todo labrado en pústulas de olvido:
las ceremonias de la culpa y el tedio,
la riqueza embriagada por la sangre,
el misterio de lo inmediato
en fantasmas ungidos de sombra y de rocío.
Y aquel monologado autorretrato,
con pordioseros y un enano al fondo,
inventados por la penumbra,

el triunfo y los susurros del palacio:
tus ojos apacibles ante el lienzo,
midiéndote el mostacho, cavilando,
mientras palpa el pincel, con mano suave,
la muerte sin ruido
que lame tus mejillas y tu frente.

# Segunda resurrección de Agustín Lara

**(Preparación para el bolero)**

Juntaron todos los trapitos, todos. Los embutieron debajo de la cama y hedentina. Y vinieron los trombonistas y olieron y cuando ya los cadáveres (las tarjetas clavadas desde el principio de nuestra era en la tapa del baúl) se incorporaban bostezando, oyeron la primera cadencia. Lo otro fue el asunto de aquel altar con un políptico y una leyenda en revesino, probablemente en el idioma de los chivianos, en que Jonás eructaba sucesivas ballenas y lapiceros y farolitos cuando le hundían el timbre del ombligo y donde santa Bulbia, llamada La Mona en los anales de la yerba crepitante, se asustó para siempre porque Agustín, levantándole la enagua o consabida túnica por detrás, se metió dentro de ella. Esto creó la primera, y más honda y definitiva, separación entre el hocico del basilisco y el recortado bigotico, la lengua y los colmillos del gran camaján. El primer cisma. Desde entonces Agustín fue santa Bulbia y a la inversa. Miraba con sus orejas y su rabo y sus grasosos y energúmenos falos y sus encajes y todo. El piano se fue haciendo solo, poco a poco, frente a él que era ella. Primero las teclas —que, en remotísimos siglos fueron los incontables fémures y las sesenta costillas y los cuatrocientos noventa y ocho dientes de leche de san Pando, mejor conocido como El Horcón del Perfumado Relámpago, que se sostuvo sopocientos años en lo más profundo del desierto, lujurioso y erguido, entendiéndose por complejísimas y hasta ya nada significativas señas con los animales que tienen el privilegio de volar mientras se arrastran y alimentándose únicamente con deyecciones de turpial y sesos de arlequín— y después las garras y el enchapado cuerpo (lo que propia aunque confusamente se llamó el altar) y por último la sacrílega voz y, un poquito después, los susurros, todavía agonizantes, que habían logrado triunfar de los silicios del moco y los vastos cataclismos gripales. Y después la tos. Y después la vilipendiada mejilla bajo la tos. Y después.

En Veracruz, acaso,
drácula de la marimba y las palmas
que aposentan y dividen la luz.
En Veracruz de tanto y tan teñido e innecesario cielo
y en Jalapa invisible o Barranquilla,
donde los cocodrilos duermen en sus camas de bronce
apenas cubiertos por sus trajes de desposadas.
O en Cartagena de Indias donde es lícito el mar
porque apaga el cuchicheo de los cangrejos y los santos
que fornican en sus aljibes.
O en Maracaibo,
donde un vicealmirante de alquitrán
inventa a cualquier hora el mediodía
con sólo balancear el brillo de sus nalgas entre las olas.
O en Bogotá,
donde canta la rana en su pila de agua bendita
y los payasos se pellizcan y besan los traseros
mientras se empolvan con el afrecho de sus urnas electorales.
Y en aquel existente sitio de tu existente imaginación,
hecho con papel dorado y muelas de comadreja y tarjetas de pésame,
en que una viviente camisola o sábana con tripas
hilvana los montes con su baba de candia
y donde el sopor es como yerba de lana
y donde las bacinillas y pupitres,
olvidados de su forma y su nombre,
tiritan y sudan como temibles cebollas en celo.
Allí.
Tus canas de juglar con maletín
que guarda, estricta entre sus cejas,
la escobita para barrer el vómito
y la entrañable blasfemia
y el jocoso responso sobre las tumbas.
Tú y yo que lo sabemos, Agustín.
Tú y yo que lo sabemos con agujas
y acetato rayado y axilas como tigres y mañanas.

El ladeo de tus venas (aquel aburrido
voltear de momia)
para mirar a Dios tocándole la espalda.
Verlo allí, a tu costado y diciéndote
ujú, conque otra vez, señor Lara, qué le pasa.
Con su smoking, su calva y su aromada grasa de
rotario.
Tu risa vaga, de muerto con caja de dientes
que todavía recuerda unos (posiblemente sus)
dedos hundiéndose entre ríos de enlutadas
comadres
y regresan abrumados de lechugas, sortijas y
adorables gusanos.
Y el barberazo pontifical en la mejilla, también en
la guitarra.
Eres culpable, Agustín Lara, eres culpable.
Y también del cabalístico papagayo
que se masturba sin placer en los traganíqueles.
Y tu retrato en la parte más abusiva de una vitrina
con ojos de anestesiado faraón.
Y el apolillado mostacho que no usaste nunca,
el del crimen, ¿te acuerdas?
Porque ahora:
delgadas sean tus enormemente gordas y
delicadas musas
y para siempre entre las rosas
y bendito sea el fruto de tu vientre: Agustín.
Lo llevaban de Pilatos a Santabonita
y de Caifás a Cleofás Toña-la-negra.
De un disco a algún paraguas donde un lirio.
De una monstrua golosa a otra teta colgada en
un ropero.
Lo interrogaban y el maestro no respondía. O
contimás:
Lo has dicho tú (lo miraba, blanco de flaquedad,
con pómulos de octubre,
sin respirar, sin nada entre los sesos, solamente
girando su llavero)
tú lo has dicho.
Y de cada uno de sus sufrimientos
(el desflecado sobrecama empapado en

la sangre y la grasa del alba,
las mariposas de amoníaco,
los flejes suplicando de un camastro,
el gemido de un colegial en la cerradura,
los zapatos, en fin, las cucarachas)
nació un cómplice con una media y un calzoncillo en cada mano
y una gran oreja.
Porque mi reino no es de este mundo sino de éste.
Y así diciendo entró en el cabaret y buscó a la adúltera.
Y no hallándola arrodillada,
como era su deber y como él y todos los testigos esperaban,
se sentó al piano y desde allí
bendijo a los chulos y a los cagatintas,
a los proxenetas en sus tiestos de azufre
y a los come-copras con su dulce sonrisa y sus uñas pulidas
y a las amapolas en sus sombreros
y a los cantineros frente a sus vasos y botellas coronados de espinas
y a los magistrados en sus excusados
y a las matronas bebiendo el cáliz de su orgasmo
en sus aposentos y sus lechos vacíos
y al ladrón parido por la aurora
y a los muchachos de espaldas de hierro y bocas pintadas
y a los sepultureros,
que se perfuman y encuentran su camino en la oscuridad con el fósforo de la podredumbre
y a los corderos y palomas de ojos más terribles
que los del águila más terrible.
Y desde entonces el bolero llovió sobre el hombre.
Cuarenta días y cuarenta noches sobre el pecho del hombre.
Y no hubo momento, de cada día o cada noche de esos cuarenta días,
en que no fuera el cadencioso sufrimiento.

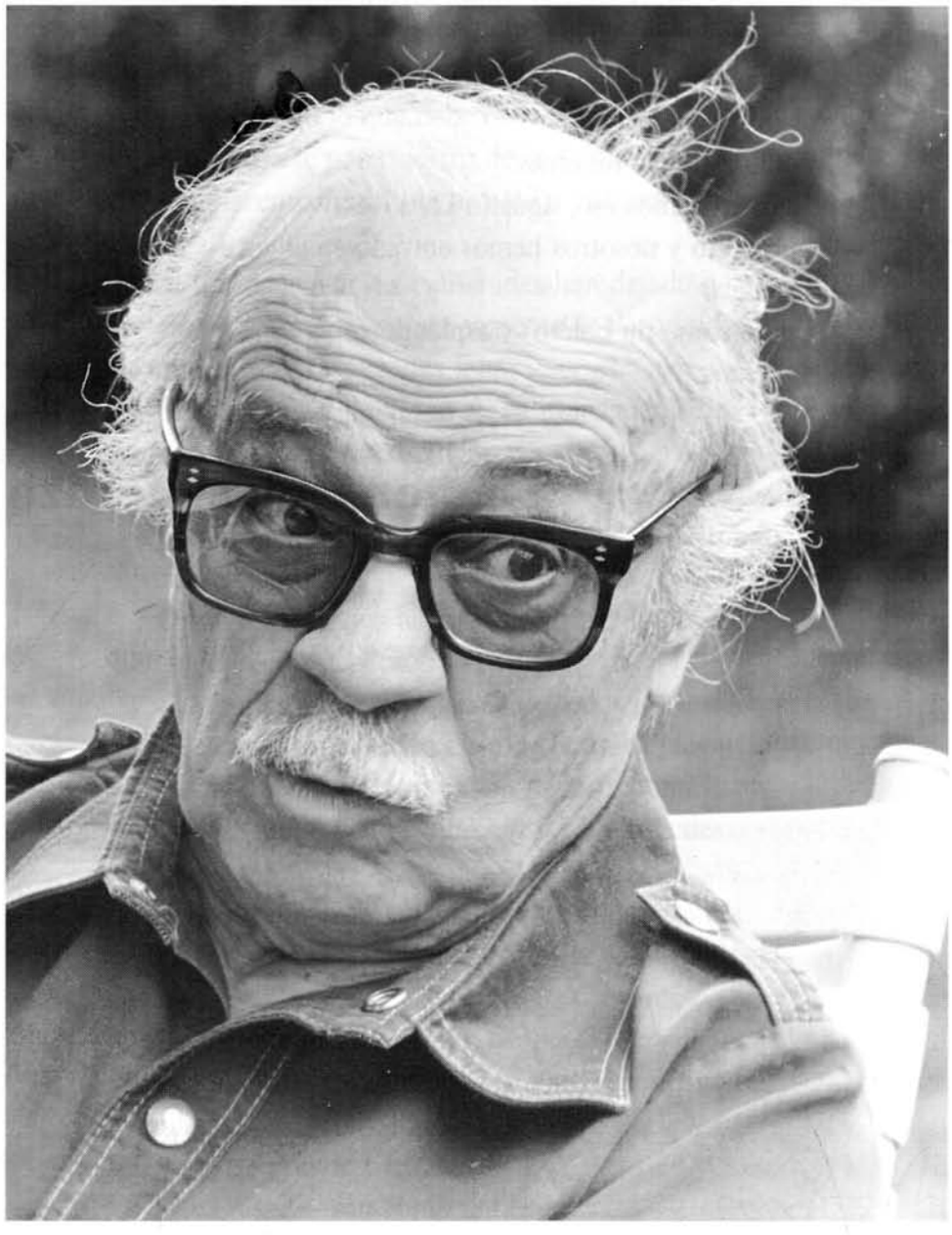
Porque Agustín había llegado y obrado
y pocos en verdad lo reconocieron
y cuando Pedro (Pedro Vargas) iba a negarlo con el canto y el aleteo del gallo
lo afirmó (sin saberlo) setecientas veces setecientas
con el perro que escucha en el escudo de la vitrola.
Y su canción brotó sobre las aguas.

De manera que al fin la palabra fue dicha
y la ignominia purificada.
Tu magro rostro de Lázaro que mastica el vinagre de una misma aceituna
sigue oyendo lo que debe oír.
Y tu voz, ese pan nuestro de cada día,
sigue premeditando su asmática dulzura bajo la lluvia.
Al fin tus legañosas euménides han dejado de rugir
y se desprenden (generosamente se desprenden) de sus ombligos y pezones
para comprar el letargo de su monástica eternidad en los divanes.
Has ido y regresado de tu propio vientre
y por segunda vez resucitas encarnado en un falo suspirante.
De algo, pues, nos ha valido pulir y repulir el borde de los mostradores
a la hora en que la esperma de todos los hombres
se coagula en el único cirio de la única plegaria,
tartamudean y se confunden los presidentes
con el rugido de los chinches y los alguaciles encinta
y los serafines ponen sus huevitos de naftalina
en el antifonario, el balandrán y la estola de cada sacerdote.
De algo nos ha valido. Sí, de algo.
Porque tu voz ha tirado con rabia sus algodones y muletas
y se oye grande y frenética
y tus pisadas son como tambores.

Nuestros son ahora, en la total purificación,
los cobertores con sabor a tierna basura y colillas tardías
y las salivas purulentas y las agresivas sulfuraciones
en la cuádruple dentadura de tus ansiosas.
Necesitábamos eso, únicamente eso, para la salvación desesperada.
Y también de los nonatos que nos llamaron padre, padre mío,
por qué me has abandonado
desde la pisoteada y exangüe vagina de los preservativos.
Y también de las úlceras que titilaron en nuestro perplejo amanecer
como estrellas venéreas.
Necesitábamos eso, Agustín Lara,
porque tú y nosotros hemos entrado en el goce de un nuevo
(lento como un bolero) y esplendoroso sufrimiento.

**Héctor Rojas Herazo**

«Audaz francotirador intelectual y artístico, polémico humanista vocacional...»



**Sábato por Eduardo Grunberg (1989)**